

Hermano mayor

MAHIR GUVEN

HERMANO MAYOR

Traducción de Isabel Margelí

*A mi madre, mi hermana, Dodi, mi khey Philippe, Fotto
y Greilsi, Natalie, Martina, Pierre y Maïmiti*

A André

A mi familia, a mis amigos de ayer y de hoy

HERMANO MAYOR

La única verdad es la muerte. Lo demás son solo detalles. Te vaya como te vaya la vida, todos los caminos llevan a la tumba. Una vez que se llega a esta conclusión, lo suyo es buscarse un motivo para vivir. ¿La vida? He aprendido a tutearla acercándome a la muerte. Coqueteo con una mientras pienso en la otra. Sin parar, desde que ese capullo, mi hermano, sangre de mi sangre y carne de mi carne, se fue lejos, a la tierra de los chiflados. Allí donde te rebanan la cabeza por un cigarro chamuscado: Tierra Santa. En el barrio la llamamos Cham, una palabra que muchos pronuncian con temor. Otros (no dejan de ser unos cuantos) la dicen extasiados. Las personas normales la llaman Siria, y lo hacen con voz apagada y expresión grave, como si mencionaran el infierno.

La marcha del hermano pequeño dejó a mi padre por los suelos. Basta con contar las nuevas arrugas encima de su monoceja para verlo. Se ha pasado la vida sudando para que nosotros tomáramos el camino correcto. Cada mañana ha plantado el culo en su taxi para subir a Guantánamo o bajar a la mina. En el argot taxista, eso significa ir a Roissy o bajar a París y transportar clientes al centro. A la ciudadela que nosotros nunca conquistaremos. Y, noche tras noche, traía bolsas repletas de billetes con que llenar la nevera. ¿Hambre, estóma-

gos vacíos? No lo hemos conocido. Siempre ha habido mantequilla para nuestras espinacas, y a veces hasta nata líquida.

Pero en fin, por mucho que hiciera el viejo, aquí abajo nada es del todo redondo, aparte de la Tierra. A veces me gustaría ser Dios para salvar el mundo. Y a veces me entran ganas de joderlo todo, incluido yo. Si fuera tan fácil me acercaría a la ventana. Para saltar. O al puente que hay sobre la estación de tren de Bondy. Para acabar encima de un vagón. No tan rápido, más sucio. En realidad no tengo ni idea y me la suda, porque hoy es 8, el día que Dios eligió para su plan.

El 8 de septiembre es el día en que nació la Virgen María. Ni el 7, ni el 9. El 8, para hacer que naciera y, años más tarde, confiarle la misión de parir al niño Jesús. El 8, una cifra sin fin; y es la única: un doble círculo. Un chisme perfecto: si metes el pie, ya no sales. El 8, enredo, chulería, truco de timador, el rollo que te suelta un marsellés. Y también es el día en que la mujer de la foto que cuelga encima de la alacena, la que sonrío al lado de mi padre, volvió con Él, a Su seno. Fin de la misión. Muerta.

Me tiemblan cada vez. Los labios. Y bueno, trato de arreglármelas sin. Sin sus brazos, sus manos, su olor y su voz. Y su rostro, y sus sonrisas, y sus caricias dulces en nuestros cabellos. No es fácil vivir. Da lástima decirlo, pero no me avergüenzo: preferiría vivir sin esta cosa en el corazón. Levantarme por la mañana, temprano, incluso antes del alba, con la cabeza vacía, y desayunar en una cafetería del bulevar de Belleville mientras leo los resultados deportivos, entre ruidos de vajilla y camareeros que se activan. Es duro morir el 8 de septiembre. Porque es el día en que nació María. Y María no pidió nada a nadie, le pusieron a Jesús en el vientre y se convirtió en santa por obligación. En realidad, nadie ha entendido nada. Nadie. Ni los

profetas, ni los califas, ni los sacerdotes, ni los papas: el elegido de Dios no es Jesús, sino María. La eligió a ella para hacerlo a él. La única que obtuvo sus favores. Ella es la elección divina.

En la foto de la pared, mi padre aún no está viejo. Y está delgado como un hilo de pescar. No lleva bigote, pero ya tiene esa monoceja espesa, pegada encima de su nupia de extranjero. Zahié, la vieja de mi padre, mi abuela, decía que esa ceja era la autopista de Damasco a Alepo. Como si el ángel Gabriel le hubiera plantado la barra negra en plena frente para distinguirlo y no perderlo nunca de vista. A mi padre, una ceja, y a María le dijo que volviera junto a él. ¿Cuánto hace que murió? Al menos diez, quince años... ¿Quizá veinte? Adoraba a Zidane. Lo encontraba guapo. El equipo de Francia. Los de azul. Thuram y sus dos goles. La Copa del Mundo. ¡Dieciocho! Hace dieciocho años y he conseguido vivir todo este tiempo. Más tiempo sin ella que con ella, y aun así no se cierra, no deja de arder: una brasa en mitad del pecho. ¿Por qué nosotros? En esa época todo iba bien. Bueno, eso creo, no lo sé, pero me da esa sensación. Aunque puede que no fuera así; nunca lo sabremos. ¿Y por qué papá ha seguido solo desde entonces? Es un cuadro: amargado, gruñón; quien le arrancara una sonrisa merecería la Legión de Honor. ¿Qué hace además de ver por la tele el fútbol y los programas de política? ¿O de hablar de su taxi? No sé ni si es su curro o la vida sin esposa lo que le ha vuelto tan vigoroso como una ostra que se mata a marihuana. Las dos cosas, supongo. ¡Pero son dieciocho años de soledad! Con su taxi y su verga, lo juro. Una mano en el volante y la otra en la berenjena. Y no sé ni si se saca brillo, si zarandea el manubrio, ni que sea para que no se oxide el aparato. ¿O es que el viejo va de putas? Ha sido un *cowboy* de la vida: una tartana por caballo, su lengua por revólver, las mejillas cargadas de pala-

bras que escupir a los mamones y dos críos por tenientes. Uno, desplazado al Far West. El otro, a su mesa, bebiéndose la sopa y escuchando sus cuentos. No, seguro que todo habría podido ser más fácil.

Se encerró para siempre en un calabozo. Una cárcel de dudas y miedos. No hay más que acercarse a su caverna y observar el esmero con que pone la mesa para preguntarse qué hace en este edificio de capullos, en este barrio de muertos de hambre, con estos hijos de furcias, jeta de pastún, dientes de gitano, y ese oficio de payo que acabará haciendo que vote a Marine. La gente cree que somos judíos, *wallahilazim*. Porque cada viernes la mesa está puesta como en el Elíseo. Pero nada que ver, y de todos modos mi viejo dice que él no es musulmán, sino comunista. Según él, eso no es una religión. En fin...

En su mesa, sea para diez o para veinte, nada se deja al azar: la colocación de los platos, la gama de colores, la vajilla, los cubiertos... «El apetito llega primero por los ojos y luego por la nariz», me dice papá en árabe, mientras echa especias sobre un puré de berenjena. Poco falta para que ella, la mesa, levante la mano derecha y jure: «Sí, tu padre es casi una mujer como las demás». Al menos, la mitad del tiempo. Esta noche ha consumado su mitad femenina preparando la cena. Los entrantes ofrecen sus tesoros distribuidos sobre el mantel de plástico. Cuando saca ese mantel para no estropear la mesa, me tiemblan los labios de las ganas de insultarlo. ¿Para qué sirve comprar un mueble de cerezo si le pones encima un mantel de los almacenes Tati? Será posible, pedazo de pueblerino...

Nació después de que lo hicieran sus cinco hermanas y se crio como si fuera la sexta. Hogar, cocina e incluso costura, con precisión, esfuerzo, sudor en la frente, manos secas y dolor de espalda. No es un hombre como los demás, no. No

puede: las costumbres y la educación milenarias recibidas por las mujeres de su país han hecho de él un espécimen aparte. Madre y hermanas lo moldearon como a una joven siria, a la que se prepara desde la infancia para desposar a algún cabrón de la aldea vecina. Eso en el mejor de los casos, porque muchas veces se trata de un primo, para cumplir la promesa que los dos padres se hicieron cuando nació.

Todo eso lo es la mitad del tiempo. Porque la otra mitad es un bigotudo de voz ronca casi ordinario, y mastica con la boca abierta mientras intenta formular su enésima teoría sobre la guerra en su tierra. A cada palabra propulsa de entre los labios fragmentos diminutos de alimentos que, empapados en saliva, le aterrizan en los pelos del bigote. Luego, su gran mano peluda empuña una servilleta cual esponja de retrete y se limpia la boca a la manera del albañil que rasca pintura vieja con papel de lija. Mi padre es casi una obra de arte que habla sin parar y repite en bucle: Asad, Dáesh, los americanos, Merkel, Hollande, Israel, Damasco, Alepo, los kurdos y Tadmur, su pueblo natal, y patatín y patatán... con gruñido en cada coma e insulto en cada punto. Lo cierto es que es un buen tocacojones. Pero vaya, es mi padre y hay que apechugar. La familia, es lo que hay. Ya se sabe.

En la mesa todo está dispuesto como en las fotos de los libros de cocina. Un banquete para diez, aunque solo somos dos. Su mujer se fue con la Parca. Su madre está en una residencia. Su hijo mayor espera a la mesa. Y el otro desapareció, se marchó lejos, muy lejos, se supone que para curar a los pobres. Aunque seguramente está con los locos, en la guerra, en la carretera de la muerte, tal vez en el desierto, tal vez en un cementerio, caído Kalash en mano, o aún vivo en la tierra de su padre. La de la Biblia, la de la tele, la de internet, la de los locos de Dios, la que horroriza a las mentes privilegiadas

aunque no sepan qué ocurre allí realmente. En el Cham, como dicen los chavales del barrio. ¡En Siria, vamos! Se estará cagando en su madre, perdido en el pedregal, al oeste del Tigris, al este del Éufrates y del Mediterráneo, donde la vida vale menos que una mirada inapropiada, que un cigarrillo fumado, que un pañuelo mal sujeto. Hijos de puta. Perdona, mamá.

HERMANO MENOR

Sabes qué, hermanito, en el fondo soy igual que tú. Tengo dos yo. Estaba el yo del hospital que tiraba del carro, serio, sin hacer ruido, pero girando en círculos. Y estaba el otro yo, el que quería salvar la Tierra. De noche oía los llantos de los niños palestinos, malienses, sudaneses, somalíes y sirios, y de todos los demás. Las bombas llovían sobre los inocentes y yo, impotente, enloquecía. Al parecer vivíamos en el país de la libertad, de los derechos humanos, pero era el Estado quien patrocinaba los bombardeos sobre los desvalidos. Estuve mucho tiempo preguntándome por qué me había ido. La vida es complicada. Nuestras elecciones y los caminos que tomamos dependen del chaval que se esconde en el fondo de nuestro cerebro. Del modo en que se construye. En que se enriquece día tras día. Y del estado de ánimo de cada momento. En algunos caminos puedes dar media vuelta, y en otros no hay nada que hacer una vez que los pisas. Y aun los hay en que nunca sabes qué te esperará al final. El miedo a perderte algo te atrae como un imán. Y ante la duda, te lanzas.

Todo empezó una tarde de septiembre. El 8. El día en que murió mamá. En el hospital tenía dos amigos: un turco, uno de verdad, de rostro asiático y la parte posterior de la cabeza plana como si se la hubieran planchado. Un hijo de inmigran-

te y enfermero como yo. Mi otro amigo era un viejo médico indonesio que ya tenía edad de haberse jubilado. Se llamaba Naeem, pero también Guendú: al principio creíamos que era indio y lo llamábamos hindú, y de broma en tontería pasó a Guendú. Veinticinco años llevaba en el servicio. Desde luego era uno de los cirujanos que más había operado en el mundo. Un ingeniero de la carne. Era capaz de reparar prácticamente todo lo que hubiera dentro de una caja torácica: ventrículo, aorta, pulmones... No era un carnicero, sino un artista: abría los pechos con gestos serenos y lentos, hundía las manos y los instrumentos en los tejidos, practicaba incisiones, recortaba, limpiaba, cosía, reparaba y, por último, cerraba otra vez. Un costurero del tejido vivo. Cuando operaba, yo, a su lado, era como un escudero que le llevara las armas. Aparte de los internos, solo él se dirigía a mí. Es más: me explicaba lo que hacía. Así se aprendía en su tierra. Empezabas como enfermero, pero no tenías por qué quedarte ahí. Si retomabas los estudios a tiempo parcial, podías aspirar a algo mejor. Con los años y semestre tras semestre, los galones de médico se materializaban en tu hombro y podías desenfundar los escarpelos.

El 8 de septiembre fue mi primer trasplante. Me acordaré toda la vida. Porque es el día en que murió mamá y en el que devolvimos la vida a un pobre tío. Me lo acababan de proponer y no me sentía del todo listo: un trasplante requiere concentración, resistencia, experiencia... Los trasplantes son largos. Diez horas, a veces quince. Un día, durante un baipás, Guendú me preguntó si querría hacer un trasplante con él. Cambiarle a alguien el corazón no es cualquier cosa, hay que estar al pie del cañón. En el hospital es así: estás en un servicio, te ganas la confianza y poco a poco te haces un lugar.

Así que un 8 de septiembre, hacia las 6 de la mañana, me llamaron con urgencia al hospital. Me había formado para esa operación, y Guendú llevaba semanas sermoneándome para que repasara mi protocolo de enfermería. La mayoría de las veces el paciente receptor se presenta primero, y empezamos a «prepararlo» con antelación para la llegada del órgano. A nosotros, el equipo quirúrgico, nos llegan los pacientes dormidos después de que hayan pasado por el equipo anestesista. En bata, sobre la camilla y bajo la luz blanca de neón, es como si estuvieran muertos. Nosotros los reparamos y volvemos a poner la máquina en marcha. El que esperaba un corazón era un hombre. Un árabe. Cabeza grande. Labios gruesos. Pelo corto y ensortijado. No era viejo: unos cuarenta y cinco años. Mis colegas daban el callo como si nada, pero yo pensaba en la vida de aquel tío, en su mujer, sus hijos, su trabajo, su piso, su padre, su madre, sus vecinos. Tenía la cara pálida. Me dije: «Joder, cuando cosamos a este tío y se despierte, tendrá un corazón nuevo; puede que con cicatrices, pero nuevecito. Una segunda oportunidad, *rhey*. Ya le puede ir rezando a Dios el resto de su vida.»

Guendú me dijo que me concentrara. Yo sabía que el primer trasplante era una especie de tiovivo de emociones. Los cirujanos hacen como que todo va sobre ruedas, con la tranquilidad de un carnicero que corta filetes. Trabajar con precisión, avanzar sin precipitarse y prescindir de los gestos inútiles, pues a partir del momento en que se obtiene un injerto y se asigna a un receptor, solo se dispone de unas horas para intervenir. Si no, a la basura.

Guendú lo rajó por debajo del cuello y hasta el centro del abdomen. A partir de ahí, parecía Mister Bricolaje. Le di una sierra y cortó el esternón, y con una pinza separó luego el

pecho. Cada vez que abrimos un pecho, me entran ganas de reventar a los pacientes: siempre hay un montón de grasa. Comen demasiado. Pierdes tiempo apartando toda esa porquería. En fin, que lo pusimos bajo circulación extracorpórea. Me chifla eso. Aquel día pensé que Dios incluso había logrado que inventáramos un chisme para reemplazar el corazón. El aparato toma la sangre en la entrada del músculo cardíaco y la vuelve a inyectar, cargada de oxígeno, en la salida. Hace el trabajo del corazón y de los pulmones. Es de locos: la vida del árabe dependía de una máquina que básicamente parece una bomba. A sus mandos, una especie de DJ regula la oxigenación, el flujo y todo lo que haga falta para mantener con vida al paciente. Preparamos a aquel buen hombre, lo dejamos con el pecho abierto y con el viejo corazón latiendo a la espera de ser reemplazado y nos fuimos a la sala de descanso, donde Guendú me estuvo contando historias del hospital. Un chismoso de la hostia, lo juro. Mientras soltaba todos los rumores del servicio, yo pensaba en el paciente, allá solo en el quirófano. Y en su familia, que esperaba en el pasillo, nerviosa. A la menor estupidez, ese se iba al cielo. Y nosotros nos tomábamos un café con toda tranquilidad, como si todo fuera sobre ruedas. La vida es una locura.

Como de costumbre, Naeem me dio la lata con los estudios de medicina. Le contesté que yo no tenía la culpa, que de donde yo venía un puesto de enfermero ya era lo máximo. Él me vaciló diciendo que estaba harto de responder a todas mis preguntas, y que yo tenía capacidad de sobra para ser un buen médico. Que tenía la mentalidad adecuada para ello, que hacía las preguntas correctas y que llegaría lejos. Yo aún ignoraba que llegar lejos significaría irme al quinto pino. Con mi diploma de enfermero podía pasar a segundo de medicina, pero luego aún

tenía para cuatro o cinco años como mínimo antes de empezar a operar y diez para ser cirujano. Y no me veía haciendo unos estudios de medicina reducidos para terminar como una marioneta detrás de una mesa de médico de familia. No era lo mío: me habría visto obligado a abrir una consulta en el barrio y me habría chupado a todos los tirados y marginados que tenemos. Sobre todo, el problema no era mi nivel, sino mi falta de método y en especial de buena educación para triunfar. La facultad no era para mí. Y eso me deprimía. En cuanto hablaba con los internos, pensaba que nunca podríamos hacernos amigos, que me detestarían. Me daba mucha cuenta de que pillaba las cosas más deprisa que los jóvenes médicos de mi edad. Y me sacaba de quicio recibir órdenes de tíos con la cabeza peor amueblada que yo pero con diploma. En este país no hay sitio para las personas como yo bajo el sol de los estudios superiores. No estamos motivados. Nadie nos dice cómo hacerlo. Lo peor es que, cuando hablamos, nos miran de soslayo, se ríen de nosotros, de nuestro peinado, de nuestra ropa, de nuestra religión, de lo que vemos por la tele o de la música que escuchamos. Pero no le dije nada de eso a Guendú: no lo habría entendido y me habría tomado por un perdedor y un resentido.

Me daba pena. Me hacía pensar en papá. El tío había llegado de Indonesia treinta y cinco años atrás y llevaba veinticinco dejándose la piel en el hospital. Había hecho las más complicadas operaciones. Las grandes eminencias del centro le subcontrataban las intervenciones y él blandía los escalpelos por lo que gana un taxista. Una especie de Cyrano de Bergerac del hospital. Lo peor del asunto es que recientemente había solicitado la jubilación, pero la administración le había dicho que no era posible por temas de reglamentación. Un escándalo. A ver, tampoco tenía aspecto de morirse de

hambre, pero cuando pensaba en el morro que le echaban algunos, me entraban ganas de reventarlos a todos. Por cosas como esa uno tiene ganas de joder a Francia y su madre. Porque de primaria al bachillerato nos machacan con la justicia y la injusticia. Es evidente que en lo de la justicia estamos todos de acuerdo. Todo el mundo está a favor. Cuando te han educado bien aprendes a indignarte, a levantar el índice ante todo lo que sea injusto. Hasta el día en que lo ves delante de ti. Y todo aquello en lo que creías se desmorona. Te apetece mandarlo todo a la mierda. Sobre todo cuando se trata del tipo buenos franceses bien educados, que se pasan el día lanzando moralinas sobre el bien y el mal pero timan a un pobre inmigrante indonesio. Los mismos a los que habías identificado como defensores de la justicia.

Cuando me estaba contando los problemas de su jubilación, oímos el aullido de unas sirenas. Por la ventana vimos girofaros y una ambulancia escoltada por dos policías motoristas, como si transportaran a un prisionero. El injerto llegaba del hospital de Avicenne. De vuelta al quirófano, Naeem se mostró tenso. El corazón del enfermo fue retirado prácticamente por completo; en el recipiente que servía como basura, el músculo defectuoso era un desecho que se desmoronó como un pothos marchito.

Aunque lo disimulara, Guendú se reprochaba haber perdido unos minutos con el café. A su lado, en un cuenco de hierro, el corazón nuevo flotaba en un líquido frío. Lo primero es implantarlo en la aurícula del antiguo. A continuación se suturan las venas aortas. Parece fácil, pero es algo que lleva bastante tiempo y es estresante, hay que estar concentrado. Yo, al lado de Guendú, seguía todos sus gestos, trataba de anticiparme en cuanto él necesitaba algo, reaccionaba a la primera para no

perder ni un segundo. Pero incluso cuando actúas al milímetro, siempre hay algo que falla y te obliga a improvisar, como hacer un apaño con la sutura cuando la aorta del donante y la del receptor no son del mismo tamaño. Y es que tratas con lo vivo, con lo blando, así que hay que remendar, no es como en las matemáticas. Suavemente, gesto tras gesto, Guendú volvió a cerrar el pecho.

Nos fuimos juntos a comer al lado del hospital para distraernos un poco después de ocho horas operando. Él volvería luego para comprobar el estado del paciente. El corazón nuevo se estaba adaptando. Los injertos conllevan un riesgo importante de rechazo, sobre todo en los primeros días. Naeem era una especie de héroe, mi modelo, el inmigrante perfecto: instruido, educado, sereno y decidido. Pero en lugar de tenerlo en un pedestal, lo utilizaban y le chupaban la sangre. Le dije que quería marcharme de Francia, que llevaba seis meses dándole vueltas. Irme a curar a quienes realmente lo necesitaban, hermanos y hermanas que no han tenido la misma suerte que yo de crecer en un país en paz. Además, aquí hay de todo y personal suficiente para curar. Y las enfermedades cures no eran lo mío. Entonces Naeem se puso serio, como con mirada de orgullo. Una expresión de aliento. Podía presentarme a alguien que me ayudaría a realizar mi proyecto, porque conocía a gente de organizaciones humanitarias. Cuando hablaba, parecía que Gandhi le susurrara las palabras. Las colocaba una detrás de otra. Los ojos le brillaban. Me habría gustado que papá fuese como él, un guía, y no un dictador. Naeem regresó al hospital y yo lo seguí. El cabrón seguía con vida. Sí, hermanito, lo cierto es que un tío al que injertas un corazón es un cabrón salvado por Dios. El corazón nuevo latía y el cabrón respiraba. Y la otra verdad es que Dios se llevó a mamá porque

nuestro padre era un pecador: no hacía más que blasfemar. Ni la muerte de mamá hizo que cerrara la boca. Ese día me dije que las cosas no marchaban, que yo tenía que hacer como Guendú: operar, hacer algo tangible, no pasarle instrumentos y compresas. Las ideas debían convertirse en proyectos y luego esos proyectos debían materializarse. Como nos decía el amigo cura de nuestra abuela, la bretona, la madre de mamá: «Ayúdate y el cielo te ayudará».

En el metro de vuelta todo el mundo era tan gris como de costumbre, pero el ambiente divino que flotaba a mi alrededor los volvía a todos bellos. ¡Habíamos salvado a un tío, la madre que lo parió! Le habíamos devuelto la vida, las ganas de seguir un poco más antes de irse con Dios o al infierno. Qué raro era. Meterle un corazón anónimo a un tipo lo cambiaba todo. Los cuerpos se podían reparar. Dios nos había guiado incluso para inventar el paraíso en la Tierra, la vida eterna. La primera vez que haces un trasplante dejas de dudar: votas definitivamente a favor de Dios. La vida está demasiado bien hecha como para haberse inventado ella sola. Es imposible que lo entiendas. No dormí en toda la noche, daba vueltas sin parar bajo las sábanas, echaba un vistazo al teléfono, los minutos transcurrían y el sueño no llegaba. Pensaba de nuevo en el hombre al que habíamos puesto el corazón, en su vida de después. Con una segunda oportunidad te deben de entrar ganas de cambiarlo todo, de divertirse. La vida es demasiado corta como para encerrarte a los veinticinco años debajo de una bata, en un hospital de París. Quería vivir la aventura, la de verdad. Dios me tendía la mano y me correspondía a mí tomarla.

A la mañana siguiente, antes incluso de iniciar mi jornada le expliqué a Guendú que me lo había pensado y realmente me quería ir. Durante la pausa del almuerzo me arregló una cita

con un chaval de la ONG Médicos Sin Fronteras que era amigo suyo. Aquellos iban por todo el mundo y eso infundía respeto.

Tres días más tarde me encontraba en sus oficinas junto a la plaza de la Bastilla. Un enfermero y un médico me recibieron en una sala oscura que daba al patio. Me presenté en un momento: qué me motivaba, quién era. El médico me preguntó por mis orígenes y si hablaba árabe. Cuando le respondí «Siria» y «sí», sonrió. Me dijo que estudiaría mi candidatura y que volvería a llamarme pronto. Ya solo quedaba esperar. Me sentía confiado; dirigía la mirada a lo alto con las palmas vueltas hacia el cielo y murmuraba plegarias para que un nuevo sol se alzara en el horizonte.